

## Las afecciones de la Iglesia terrenal o Pese a la enseñanza de Jesucristo

### Ambiciones en la Iglesia

Antaño nuestro Salvador Jesucristo venido en carne lanzó un desafío a las ambiciones del clero judío con venir al mundo en la familia de un simple carpintero. Como si fuera poco, prefirió nacer en un establo junto con los animales y no en los lujosos aposentos de los poderosos. Pero ¿quién de aquellas autoridades de las Iglesias modernas, que viven en los palacios opulentos, es más grande que Jesucristo, a Quién dicen adorar como al Creador del Universo; Quién vino a salvar al “pobre suplicante, al desdichado” (Sal 72: 12) y nos dijo que sus bienes no son de este mundo? Sería suficiente sólo echar una mirada a las residencias imponentes de algunas autoridades eclesiásticas, para ver el origen de bienes que les rodean, el grado de sus ambiciones crecidas en un suelo totalmente ajeno a Jesucristo y recordar el sentido profético de las siguientes palabras del apóstol Pablo:

“pues temo no sea que, como la serpiente engañó a Eva en su astucia, se corrompan vuestros pensamientos de la *simplicidad* y pureza la para con Cristo.” (Septuaginta en esp.2 Cor 11: 3)<sup>1</sup>

Fue precisamente la simplicidad y el desprecio de los bienes terrenales perecederos, lo que nos legó Jesús para merecer los bienes celestiales imperecederos:

“(…) anda,” decía él, “vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven, y sígueme.” (Mt 19: 21) “Pues, de igual manera, cualquiera de vosotros que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío.” (Lc 14: 33)

Por eso de haber renunciado todo, el apóstol Pablo aclaró:

“(…) lo que era para mí ganancia, lo he juzgado una pérdida a causa de Cristo. Y más aún: juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo” (Fil 3: 7-8)

Efectivamente, todo lo perecedero, todo lo que el mundo valora, él tuvo por basura y su ministerio apostólico comenzó siguiendo al precepto del Salvador:

“No os procuréis oro, ni plata, ni calderilla en vuestras fajas; ni alforja para el camino, ni dos

---

1. Habitualmente las citas bíblicas son tomadas de la Biblia de Jerusalén. En los casos cuando se usan otras versiones bíblicas, las mismas se indican directamente en el texto, junto con la cita, como en este caso: La Sagrada Biblia. Versión de la Septuaginta al Español. Pbro. Guillermo Jünemann Beckschaefer

túnicas, ni sandalias, ni bastón; porque el obrero merece su sustento.” (Mt 10: 9-10)

Siguiendo a este precepto de Jesús el apóstol Pablo enseñó:

“Mientras tengamos comida y vestido, estemos contentos con eso.” (1 Tim 6: 8),

Así, contentos con poco, vivían todos los apóstoles. Pero hasta ese poco ganaban con la labor de sus manos para no gravar a nadie. Como decía el mismo apóstol Pablo,

“(…)os mandamos, hermanos, en nombre del Señor nuestro Jesucristo, que os apartéis de todo hermano que desordenadamente anduviere, y no según la doctrina que recibieron de nosotros. Que vosotros mismos sabéis cómo es menester imitarnos, pues no nos hemos desordenado entre vosotros; **ni gratuitamente pan comido de alguno, sino en fatiga y afán, noche y día trabajando, para no gravar a alguno de vosotros;** no, porque no tengamos potestad, sino porque a nosotros mismos **por ejemplar diésemos a vosotros que imitar.**” (Septag. 2 Tes 3: 6-9)<sup>2</sup>

En los “Hechos de los apóstoles” hay una información atestiguando que al decir “*trabajo*” los apóstoles lo entendían como trabajo físico y no sólo como predicaciones. Esa información se refiere a la llegada del apóstol Pablo a Corinto y a su instalación en la casa de unos judíos que salieron de Roma. Literalmente ahí se dice de él:

“y como era del mismo oficio, se quedó a vivir y a trabajar con ellos. El oficio de ellos era fabricar tiendas. Cada sábado en la sinagoga discutía, y se esforzaba por convencer a judíos y griegos.” (Hch 18: 3-4)

Eso significa que los días hábiles el apóstol dedicaba al trabajo con el cual “pagaba” el sustento que recibía de los que le dieron alojamiento, y los sábados, a las predicaciones. Lo mismo hacían los otros apóstoles. Repletos del Espíritu Santo, ellos no desdeñaban ningún trabajo procurándose siempre dar a sus hermanos un modelo que imitar.

Sin embargo, contrariamente a los legados del Señor y de los apóstoles, muchas de las autoridades eclesiásticas obraron justamente al revés. De haber tomado el camino del servicio a Dios no sólo se rodearon de los tesoros terrenales, sino también “para una buena apariencia” se abastecieron a si mismos de unas residencias dignas a los reyes. Todos conocen, por ejemplo, la magnificencia del Vaticano, pero no todos saben de las no menos magníficas residencias de verano del Patriarca ortodoxo de Rusia, particularmente del patriarca actual Kirill quién aumentó el número de las residencias patriarcales con dos más – una cerca de Gelendzhik, en la costa caucásica del Mar Negro y la otra en Peredelkino, en las afueras de Moscú. Ambas residencias representan unos palacios fantásticos que parecen bajarse de las páginas de los cuentos de hada para que el patriarca pueda ya aquí, en la tierra vivir en las condiciones semejantes a las paradisíacas.

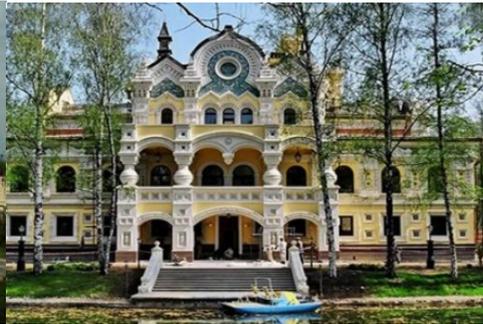
De los papas y patriarcas no se quedan atrás muchos de los representantes de los rangos un poco inferiores de la Iglesia, es decir, los cardinales, metropolitans, arzobispos,

---

2. Aquí también preferí la versión de la Septuaginta al Español, porque ahí tenemos una traducción mejor de esta última oración. Al contrario en la Biblia de Jerusalén (igual que en las versiones de Reina –Valera) en lugar de la palabra “*potestad*”-que es lógicamente más correcta- tenemos una mala traducción por “derecho”. Efectivamente, los apóstoles no podrían hablar del derecho, sino de las obligaciones.



**Residencia del patriarca ruso  
Kirill en Guelendzhik**



**Residencia del patriarca a ruso  
Kirill en Peredelkino**

etc. que también viven en las condiciones del lujo real. Recordemos, por ejemplo, la morada de los arzobispos de Salzburgo o el palacio admirable de los metropolitanos de Bucovina y Dalmacia en la ciudad Chernovcí (ahora la Universidad estatal de la misma ciudad) y muchas otras semejantes mansiones.



**Residencia de los metropolitanos de Bucovina y Dalmatia  
En la ciudad Chernovcí**

Habitualmente las autoridades eclesiásticas explican sus riquezas como donaciones de los fieles, que no les pertenecen siendo la propiedad de la Iglesia, - como si la grandeza de la Iglesia dependiera de sus riquezas materiales o si ellas la definieran. Pero igual, de todas esas “donaciones” se benefician justamente ellas, porque las usan como si fueran sus propiedades. Mientras tanto el apóstol decía al respecto:

“Yo de nadie codicié plata, oro o vestidos. Vosotros sabéis que estas manos proveyeron a mis necesidades y a las de mis compañeros. En todo os he enseñado que es así, trabajando, como se debe socorrer a los débiles y que hay que tener presentes las palabras del Señor Jesús, que dijo: *Mayor felicidad hay en dar que en recibir.*” (Hch 20: 33-35)

Por supuesto, el recibimiento de tales donaciones o regalos por los sacerdotes no socorre a los débiles. Además, parece que para las autoridades eclesiásticas hay mayor *felicidad en recibir que dar* y menos, al pobre. Durante los siglos ellas ahorraban los tesoros terrenales y adornaban con ellos sus templos y palacios, esforzándose por impactar la imaginación del hombre simple y así poder mandarlo ocultando a la vez la ausencia en sus almas del espíritu puro cristiano. Los refinados interiores de sus palacios parecen ser creados para el regocijo mental y sentimental de sus moradores. En ellos no hay lugar para el pobre u oprimido y el suave resplandor del Espíritu Santo es



**Una de las salas del Palacio del Vaticano**



**Residencia del arzobispo de Salzburgo  
Sala de audiencias**

sustituido por el brillo falso del oro y de la plata, con los cuales están orlados el mueble, las paredes, los techos de esos palacios ambiciosos y también la vestimenta de los “servidores” de la Iglesia. De modo que de la sencillez de Cristo ahí no hay nada.

Dicen que la belleza salvaría el mundo. Sin profundizarme en lo que, de cual mundo se habla, recordaré sólo las palabras del Señor pronunciadas por la boca del profeta Ezequiel y dirigidas a Satanás:

“Tu corazón se ha pagado de tu belleza, has corrompido tu sabiduría por causa de tu esplendor.”  
(Ez 28: 17)

Efectivamente, cuando la belleza hecha de la mano humana sustituye la belleza espiritual, entonces la contemplación constante de su esplendor crea dentro de la Iglesia, así como dentro de cualquier otro instituto dirigente, una clase de élite artificial que se eleva sobre el simple creyente y a la que este ni siquiera puede acercarse. Viviendo como reyes, los representantes de esa élite sacerdotal se tratan sólo con los gobernantes de los pueblos. Lo más que puede esperar de ellos el simple creyente es contemplar a sus ídolos y adorarlos como a Cristo, estando en una multitud ante la cual ellos aparecen en los días festivos. Pues la vida en los palacios lujosos, rodeada de las obras maestras del arte mundial y de la biblioteca de rico fondo, las que en cierto sentido afinan el gusto carnal y el intelecto sensitivo del sacerdote, complace antes de todo a su ego y, así, en esencia, roba su alma, pues él, inevitablemente se eleva sobre los que por las veleidades de la suerte no tienen acceso a los semejantes regocijos mentales y corporales y, peor aún, comienza a sentir un desprecio respecto a ellos. Además, él pierde la capacidad de la compasión al pobre y se aleja así de Jesús. Todo esto junto con el andar con los poderosos de este mundo paulatinamente origina en él diferentes cultos,

el principal de los cuales es el culto de su propia persona. Lo muestra, por ejemplo, el gran retrato del cuerpo entero del patriarca Kirill, colocado en su residencia de verano del mismo modo, como lo hacen los reyes de los pueblos. Las semejantes autoridades



**Sala con el retrato de cuerpo entero del patriarca ruso Kirill  
En su residencia en Peredelkino**

eclesiásticas no se avergüenzan vivir lujosamente incluso ante su rebaño que sufre privaciones, y aumentando riquezas (aunque sea bajo la égida de la Iglesia, cuyos tesoros, como se sabe, no deberían ser de este mundo) agrandan así sus propios pecados, pues el uso abundante de los bienes terrenales atribuye al crecimiento en ellos de los deseos lujuriosos. Como notaba el apóstol Pablo,

“Los que quieren enriquecerse caen en la tentación, en el lazo y en muchas codicias insensatas y perniciosas que hunden a los hombres en la ruina y en la perdición. Porque la raíz de todos los males es el afán de dinero, y algunos, por dejarse llevar de él, se extraviaron en la fe y se atormentaron con muchos dolores.” (1 Tim 6: 9-10)

Los que están expuestos a la dicha tentación olvidan las siguientes palabras de Jesús referidas a los ricos:

“(…) un rico difícilmente entrará en el Reino de los Cielos. Os lo repito, es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el Reino de los Cielos.” (Mt 19: 23-24)

Incluso si esa riqueza se encuentra bajo la égida de la Iglesia, ellos no podrán entrar en el Reino de los Cielos, porque los tesoros materiales son antagónicos a los tesoros del humanitarismo, pues al humanitarismo es propio compartir sus bienes con los necesitados, ocuparse del prójimo y débil, defender al oprimido y no gastar sus fuerzas para acumular bienes materiales, tanto más que, como nos recuerda el apóstol Pablo, Jesucristo no vino para salvar a los ricos e ilustres, sino a los que sufren en la tierra:

“¡Mirad, hermanos,” dice él, “quiénes habéis sido llamados! No hay muchos sabios según la carne ni muchos poderosos ni muchos de la nobleza. Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo para confundir a los sabios. Y **ha escogido Dios lo débil del mundo, para confundir lo fuerte. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para reducir a la nada lo que es. (...)**” (1 Cor 1: 26-28)

Pero, como se ve, “lo fuerte” del mundo es demasiado atrayente para algunos representantes de la Iglesia, para que ellos se conformen con el vivir como lo necio, lo débil, lo plebeyo y lo despreciable del mundo. Les agrada más relacionarse con los nobles y sabios de este mundo formando con ellos una familia de los gobernantes terrenales. Es por eso que construyen residencias “dignas” de tales “familiares” adonde, como dicen los parroquianos confundidos, no sería vergonzoso invitar a los poderosos del mundo...

Mirándolos uno quiere redirigirles la misma pregunta que antaño en el apócrifo “Pastor de Hermas” (antes muy valorado por la Iglesia) fue dirigida a los que se llamaban cristianos:

“Sabéis que vosotros los siervos de Dios estáis viviendo en un país extranjero; porque vuestra ciudad está muy lejos de esta ciudad. Así pues, si conocéis vuestra ciudad, en la cual viviréis, ¿por qué os procuráis campos aquí, y hacéis costosas preparaciones, y acumuláis edificios y habitaciones que son superfluos? Por tanto, el que prepara estas cosas para esta ciudad no tiene intención de regresar a su propia ciudad. ¡Oh hombre necio, de ánimo indeciso y desgraciado!, ¿no ves que todas estas cosas son extrañas, y están bajo el poder de otro?” (Pastor de Hermas Parábola 1, [50])<sup>3</sup>

De veras. ¿Por qué los eclesiásticos procuran para sí mismos campos aquí, hacen costosas preparaciones y acumulan edificios y habitaciones que son superfluos? Efectivamente, porque a pesar de que afirmen lo contrario, no piensan en ningún otro mundo, excepto en el terrenal. Y más aún, velando por sus vidas en este mundo, ellos, igual que los idólatras, rodean sus residencias y a sí mismos de numerosas guardias, armadas con la última tecnología, pues no confían su defensa al Espíritu Santo al que no ven. Toda su esperanza, al contrario, la ponen en el arma y la fuerza de sus hombres guardianes, como los asirios del libro de Judit, que se habían fiado

“en sus escudos y en sus lanzas, en sus arcos y en sus hondas, y no han reconocido que tú eres el Señor, quebrantador de guerras.” (Jd 9: 7)

¿Acaso podemos imaginarnos a los primeros apóstoles viviendo en los palacios y rodeados por la guardia? Ellos, siguiendo a los preceptos del Salvador, nunca la necesitaron, porque los albergaba y los guardaba el Espíritu Santo dándoles alojamientos y liberándolos de las prisiones, de las garras de leones, de todos sus perseguidores, porque ellos no tenían miedo a perder su vida por Jesús. Al contrario, lo consideraban como una gracia de Dios. Por eso cuando llegaba el tiempo del sufrimiento, lo recibían con la humildad y la fe, obrando justamente del modo que quería el Señor Quién dijo:

“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará.” (Mt 16: 24-205)

---

3. Fuente: *Los Padres Apostólicos*, por J. B. Lightfoot. Editorial CLIE [www.clie.es](http://www.clie.es) también:

<http://escrituras.tripod.com/Textos/Hermas.htm>

Su servicio abnegado y acendrado dirigido por el Espíritu Santo dio a la Iglesia una fuerza vital para largo plazo. Pero los peseteros que paulatinamente comenzaron a penetrar en los immaculados círculos eclesiásticos, al entregarse a la belleza externa o al confundirla con la espiritual prefirieron en lugar de adornar sus almas, adornar los templos, los palacios, las vestimentas, etc., según la costumbre humana, y así paso a paso corrompieron la Iglesia terrenal, de hecho, echando de ella al Espíritu Santo y cambiándolo por el esplendor externo. La causa de este cambio estaba en el no querer llevar su cruz, sino querer vivir aquí, en este mundo, gozando del poder terrenal y descontando las palabras de Jesucristo Quién declaró:

“El que no toma su cruz y me sigue detrás no es digno de mí.” (Mt 10: 38).

Deseando salvar tanto su vida en la tierra, como su poder y su riqueza terrenal ellos continuamente interpretan lo dicho por el Salvador en forma alterada o le dan un sentido solamente histórico; su cruz la llevan sólo de pico o como adorno sobre su vestimenta. En su soberbia se sientan sobre los tronos, como los reyes, y dominan a los creyentes violando los preceptos del Señor que había dicho:

“Los reyes de las naciones las dominan como señores absolutos, y los que ejercen el poder sobre ellas se hacen llamar Bienhechores; pero no así vosotros, sino que el mayor entre vosotros sea como el más joven y el que gobierna como el que sirve.” (Lc 22: 25-26),

porque, como lo explicó el apóstol Pablo,

“(…) tanto el santificador como los santificados tienen todos el mismo origen. Por eso no se avergüenza de llamarles hermanos cuando dice: Anunciaré tu nombre a mis hermanos; en medio de la asamblea te cantaré himnos.” (Hb 2: 11-12)

Lamentablemente, como vemos, no todos los sucesores de los primeros apóstoles tuvieron el coraje de seguir a estos preceptos. El servicio a sus hermanos en Cristo ellos paulatinamente convirtieron en un espectáculo con el lavado y beso simbólico de los pies de los representantes de su grey que se realiza a la víspera de las celebraciones pascuales. Pero en realidad sus “hermanos” simples muy a menudo ni siquiera pueden acercarse a sus “hermanos en Cristo” superiores. Hacerlo no les permite la interna jerarquía eclesiástica, privada de sencillez y llena de falsa humildad. Los representantes de esta jerarquía se mueven como unas estatuas andantes, plenas de ambición respecto a sus inferiores y servilismo respecto a sus superiores, la mano de los cuales besan como si fueran deidades, mientras que el simple creyente no les importa. Además, afectados por la acepción de personas y parcialidad, adoran a los que tienen dinero. A estos, cuando vienen a la Iglesia o a las reuniones eclesiásticas, siempre honran con los primeros puestos y mejores asientos, menospreciando a los pobres, aunque el apóstol Santiago legase lo contrario diciendo:

“Hermandos míos, no entre la acepción de personas en la fe que tenéis en nuestro Señor Jesucristo glorificado. Supongamos que entra en vuestra asamblea un hombre con un anillo de oro y un vestido espléndido; y entra también un pobre con un vestido sucio; y que dirigís vuestra mirada al que lleva el vestido espléndido y le decís: «Tú, siéntate aquí, en un buen lugar»; y en cambio al pobre le decís: «Tú, quédate ahí de pie», o «Siéntate a mis pies». ¿No sería esto hacer distinciones entre vosotros y ser jueces con criterios malos? Escuchad, hermandos míos queridos: **¿Acaso no ha escogido Dios a los pobres según el mundo como ricos en la fe y herederos del Reino que prometió a los que le aman? ¿En cambio vosotros habéis menospreciado al pobre! (...)**” (St 2: 1-6)

Obrando contrariamente a los preceptos del apóstol y en todo complaciendo al propio ego esos falsos apóstoles hacen recordar a aquellos fariseos de los cuales Jesús dijo:

“Todas sus obras las hacen para ser vistos por los hombres; se hacen bien anchas las filacterias y bien largas las orlas del manto; quieren el primer puesto en los banquetes y los primeros asientos en las sinagogas, que se les salude en las plazas y que la gente les llame "Rabí". «Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar "Rabí", porque uno solo es vuestro Maestro; y vosotros sois todos hermanos. Ni llaméis a nadie "Padre" vuestro en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre: el del cielo. Ni tampoco os dejéis llamar "Directores", porque uno solo es vuestro Director: el Cristo.” (Mt 23: 5-10)

Y más todavía, cuando alguien lo llamó a Jesús “Maestro bueno”, Él le respondió:

“¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios.” (Mc 10: 17-18).

Pero nosotros a todos los sacerdotes los llamamos “padre”, “maestro”, “director” (espiritual), colaborando así con la creación de los cultos y con el fortalecimiento de las ambiciones. Los templos adornados por el oro, la vestimenta bordada con el oro de los sacerdotes-celebrantes llevan a los simples de corazón a adorarlos como a ídolos y deidades. Los sacerdotes, sin avergonzarse dan la mano para que la besen los que se llaman sus hermanos en Cristo, y haciendo así confirman su estatuto de los ídolos, cuando aun el Antiguo Testamento nos prohibiera crearlos:

“No te harás”, decía, “escultura ni imagen alguna ni de lo que hay arriba en los cielos, ni de lo que hay abajo en la tierra, ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra. No te postrarás ante ellas ni les darás culto, porque yo Yahveh, tu Dios, soy un Dios celoso, que castigo la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me odian, y tengo misericordia por millares con los que me aman y guardan mis mandamientos.” (Ex 20: 4-6)

A pesar de esto los “apóstoles” falsos no sólo crean ídolos de las imágenes, sino también de los hombres vivos y muertos y de sus palabras. Considerándose maestros, directores espirituales, concededores de la Palabra de Dios ellos la interpretan a merced propia, igual que los escribas, de los cuales Jesús decía:

“(…)Guardaos de los escribas, que gustan pasear con amplio ropaje, ser saludados en las plazas, ocupar los primeros asientos en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes; y que devoran la hacienda de las viudas so capa de largas oraciones. Esos tendrán una sentencia más rigurosa.” (Mc 12: 38-40 o Lc 20: 46-47)

Más aún, crean una cadena de confusiones,<sup>4</sup> forman escuelas sobre estas confusiones y por cordillera las pasan a sus discípulos como una verdad absoluta. Pero cuando ven a alguien que no forma parte de esta cadena falsa, hacen la misma pregunta respecto a él, que hacían los sacerdotes judíos respecto a Jesús:

“(…)¿De dónde le viene a éste esa sabiduría y esos milagros? ¿No es éste el hijo del carpintero? (...)” (Mt 13: 54-55)

Y después lo marcan como un hereje y blasfemo asemejándose, así, a aquellos

---

4. Su raíz está en la confusión principal respecto del alma del hombre. Véase el capítulo “Confusiones respecto al cuerpo de la resurrección” en este mismo libro.

“legistas” de quienes el Señor había dicho:

“¡Ay de vosotros, los legistas, que os habéis llevado la llave de la ciencia! No entrasteis vosotros, y a los que están entrando se lo habéis impedido.” (Lc 11: 52)

Efectivamente, por el razonamiento carnal no se puede entrar en la ciencia, pues en tal razonamiento no mora el Espíritu Santo de Dios, que es libre y no depende ni de los hombres ni de las tradiciones teológicas creadas por ellos. Como dijo el apóstol Juan,

“El espíritu, donde quiere, espira, y su voz oyes, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va (...).” (Septuaginta Jn 3: 8)

Así que incluso un auditorio teológico no puede asegurar la presencia del Espíritu Santo de Dios, la que se revela sólo a través de la conducta del hombre y de su justicia. En cuanto a los hombres justos, el apóstol Pablo así los define:

“(…)no son justos delante de Dios los que oyen la ley, sino los que la cumplen: éstos serán justificados. En efecto, cuando los gentiles, que no tienen ley, cumplen naturalmente las prescripciones de la ley, sin tener ley, para sí mismos son ley; como quienes muestran tener la realidad de esa ley escrita en su corazón, atestiguándolo su conciencia, y los juicios contrapuestos de condenación o alabanza...” (Rom 2: 13-15)

Por eso el mismo apóstol destaca que todos sus hermanos apóstoles se habían conducido en el mundo

“(…) con la santidad y la sinceridad que vienen de Dios, y no con la sabiduría carnal, sino con la gracia de Dios.” (2 Cor 1: 12)

Y lo que los adornaba, no era el adorno exterior, ni las joyas colocadas sobre su vestimenta, sino su adorno estaba

“(…) en lo oculto del corazón, en la incorruptibilidad de un alma dulce y serena: esto es precioso ante Dios.” (1 Pedro 3: 3-4)<sup>5</sup>

Al mismo tiempo siendo conciente de la presunción de los hombres y su propensión a las tentaciones el apóstol Pablo advertía a sus hermanos en Cristo:

“Mirad que nadie os esclavice mediante la vana falacia de una filosofía, fundada en tradiciones humanas, según los elementos del mundo y no según Cristo.” (Col 2: 8)

Diciendo la vana falacia de una filosofía, fundada en tradiciones humanas, el apóstol se refiere a las “verdades” falsas construidas sobre las opiniones de los sabios de este mundo que siempre parten de los intereses de la carne mortal desatendiendo la única verdad Divina que se funda sobre la Ley de la Vida, establecida por el Creador de la Vida y que se manifiesta sólo con la ayuda del Espíritu Santo de Dios. Pero cuando los sacerdotes adoran más a las autoridades terrenales, que la Palabra de Dios, entonces todo relacionado con el Espíritu Santo perciben con desconfianza y hostilidad. Como regla, tales no conocen profundamente la Palabra de Dios y siguen a ciegas a las

---

5. Aunque eso fue dicho respecto a las mujeres, se refiere también a los hombres.

tradiciones establecidas entre los hombres. Siendo concientes de su vulnerabilidad en la teología ellos siempre temen recibir preguntas difíciles de parte de sus parroquianos, a las que no podrían contestar. Por eso no se detienen ante ellos. En cambio con una cordialidad altanera dan de paso palmadas en sus hombros, haciéndoles entender así, que están apurados, que su tiempo y la alta teología no son para los simples creyentes. Y lo hacen, por supuesto, olvidando las siguientes palabras de Jesús o tergiversando su sentido:

“El mayor entre vosotros será vuestro servidor. Pues el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado.” (Mt 23: 11-12)

Pero entre el clero hay también algunos que, al contrario, entienden bien la esencia de la Palabra de Dios y por eso están consientes del torcido camino que tomó la Iglesia, pero por el temor de ser excluidos de ella y perder los bienes que la misma les proporciona, cierran sus ojos sobre esos torceduras y no confiesan la Palabra preceptuada en su plena verdad, igual que aquellos magistrados, de los cuales el apóstol Juan decía:

“Sin embargo, aun entre los magistrados, muchos creyeron en él; pero, por los fariseos, no lo confesaban, para no ser excluidos de la sinagoga, porque prefirieron la gloria de los hombres a la gloria de Dios.” (Jn 12: 42-43.)

Así al amar más la gloria de los hombres que la gloria de Dios los semejantes eclesiásticos dominan sobre la herencia Divina, a despecho del legado del apóstol Pedro quien había dicho:

“A los ancianos que están entre vosotros les exhorto yo, anciano como ellos, testigo de los sufrimientos de Cristo y partícipe de la gloria que está para manifestarse. Apacentad la grey de Dios que os está encomendada, vigilando, no forzados, sino voluntariamente, según Dios; no por mezquino afán de ganancia, sino de corazón; no tiranizando a los que os ha tocado cuidar, sino *siendo modelos de la grey*. Y cuando aparezca el Mayoral, recibiréis la corona de gloria que no se marchita. De igual manera, jóvenes, sed sumisos a los ancianos; revestíos todos de humildad en vuestras mutuas relaciones, pues Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes” (1 Pedro 5: 1-5)

Y ¿Cuál es el modelo que proponen a su “grey” los soberbios pastores que viven en el lujo dominando a los que os ha tocado cuidar? Pues llamándose pastores, apóstoles, etc. ellos, de hecho, invitan a su grey a imitarles. Pero ¿acaso se puede imitar a los que blasfeman el hermoso Nombre de Jesucristo (St 2: 7) con el que se llaman?

Es cierto que con su boca a veces profesan a Jesús, pero sus obras están muy lejos de Él, como las de aquellos sacerdotes judíos de los cuales Jesús dijo:

“Haced, pues, y observad todo lo que os digan; pero no imitéis su conducta, porque dicen y no hacen.” (Mt 23: 3)

Y debo decir que así es en el mejor caso. En el peor caso, lo que dicen, lo dicen, según la costumbre humana, según el mundo al que se negó el Señor diciendo que ni Él ni su poder no le pertenecen. (Jn 8: 23). Y por eso son, realmente, de este mundo y lo aman a pesar de la advertencia del Salvador:

“No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Puesto que todo lo que hay en el mundo - la concupiscencia de la carne, la

concupiscencia de los ojos y la jactancia de las riquezas - no viene del Padre, sino del mundo. El mundo y sus concupiscencias pasan; pero quien cumple la voluntad de Dios permanece para siempre.” (1 Jn 2: 15-17)

Entonces, partiendo de esas palabras del apóstol podríamos decir que el amor del Padre no está en ellos y, consiguientemente, ellos no pertenecen a Jesús. Y aunque llevan su nombre, forman parte de quienes Él dijo:

“«No todo el que me diga: "Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial. Muchos me dirán aquel Día: "Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?" Y entonces les declararé: "¡Jamás os conocí; apartaos de mí, agentes de iniquidad!"” (Mt 7: 21-23)

En cuanto a la iniquidad, la misma consiste en el hecho de cambiar la verdad de la Palabra de Dios por la tradición humana basada siempre sobre la opinión interesada de alguien. Y lo que se refiere a las opiniones, existen tantas, cuanta gente hay en la tierra. Son precisamente las opiniones que chocándose, originan divisiones dentro de la Iglesia, y respecto de las cuales el apóstol Pablo decía:

“Os ruego, hermanos, que os guardéis de los que suscitan divisiones y escándalos contra la doctrina que habéis aprendido; apartaos de ellos, pues esos tales no sirven a nuestro Señor Jesucristo, sino a su propio vientre, y, por medio de suaves palabras y lisonjas, seducen los corazones de los sencillos.” (Rom 16: 17-18)

Concluyendo quiero marcar que todo lo expuesto afecta mucho a las Iglesias y a sus fieles, cuyas faltas serían fatales para la cristiandad, si no existiera encima de todo la única Iglesia espiritual e invisible que no depende de ninguna institución terrenal y vive en la mente y en los corazones de los sinceros. Su parte, según el apóstol, forman los que se sirven mutuamente

“de buena gana, como quien sirve al Señor y no a los hombres; conscientes de que cada cual será recompensado por el Señor según el bien que hiciere: sea esclavo, sea libre.” (Ef 6: 7-8),

es decir, quienes son extremadamente responsables en su servicio y sirven al prójimo como si este fuera Dios Mismo. Tales, realmente, viven *ante la presencia de Dios*, mientras que aquellos a quienes refería este artículo, al contrario, parecen vivir más *ante la presencia de los poderosos de este mundo*.

¿Lo reconocerán algún día y se arrepentirán? Según el Apocalipsis de Juan, algunos lo harán y los otros no, no se arrepentirán “de sus obras” (Ap 16: 11), no dejarán “de adorar a los demonios y a los ídolos de oro, de plata, de bronce, de piedra y de madera, que no pueden ver ni oír ni caminar.” (Ap 9: 20)

“¡Ay de ellos!,” dice de tales el apóstol Judas, “porque se han ido por el camino de Caín, y por un salario se han abandonado al descarrío de Balaam, y han perecido en la rebelión de Coré.” (Jd 11)